

Galileo era un gran fregao. Ayer me he pasado el día queriendo explicarlo a mis conciudadanos. El resultado es una cruda que tengo que me lleva el diablo. Las cosas ocurrieron como a continuación verídicamente se relatan.

Ayer fue día del Carmen,—Carmen, que quiere decir jardín, que quiere decir canción. Amanecí bilioso. En mi casa me aconsejaron que tomara, tempranito, una limonada. Se buscó limones y se les halló. Pero faltaba azúcar. Alguien dijo que mejor tomara la limonada con sal. "Si es por pereza de ir a comprar azúcar", dije yo irritado—; bilioso al fin!—"yo iré en persona". Y en persona fui, por azúcar. No me había desayunado.

Alto el uno, de rizado pelo con brillo de ala de zanate guanacasteco, y de bella boca de labios ondulados, sensuales; y el otro, bajito, una miseria de hombre, pero en hervor continuo, con ojillos claros imbecilmente danzones,—danza de enano era la danza de sus ojos,—los dos amigotes estaban por casualidad en la taberna-pulpería cerquita de mi casa. Vamos, por casualidad no. Estaban allí porque ya comenzó la campaña política para la elección de nuevo Presidente de la República, y, buenos señores profesores que son, se abstendrán de emitir juicios en papel impreso, y hasta de echar discursos en poblado, pero de revolverse entre el pueblo, de codearse con el *demos* soberano, de recalentar su humanidad ciudadana rozándose con la ciudadana humanidad de sus conciudadanos al amparo del alcohol, eso no hay que ni quien lo prohíba. Y allí estaban. El uno, el alto, ensayando con la línea de sus labios sensuales curvas como para modelo de llamas, y el otro bailando sus ojillos bailones y bobos chupa que chupa los dos el licor del país.

Entrambos me abrazaron con una cortesía olorosa a Fábrica Nacional de Aguardiente. Yo les quería hablar de Galileo. ¡Un gran fregao, Galileo! El azúcar se me olvidó. Amanecí bilioso de haber pasado la noche en claro, bebiendo café, fumando, leyendo cuanto decente se ha escrito sobre el ínclito mecánico italiano. Yo siempre lo he dicho: genio, los italianos, compadre. Lo demás es bobería, como dicen los cubanos. El desvelo me hizo mal. ¡Y toparme con dos ilustres profesores de Alajuela!

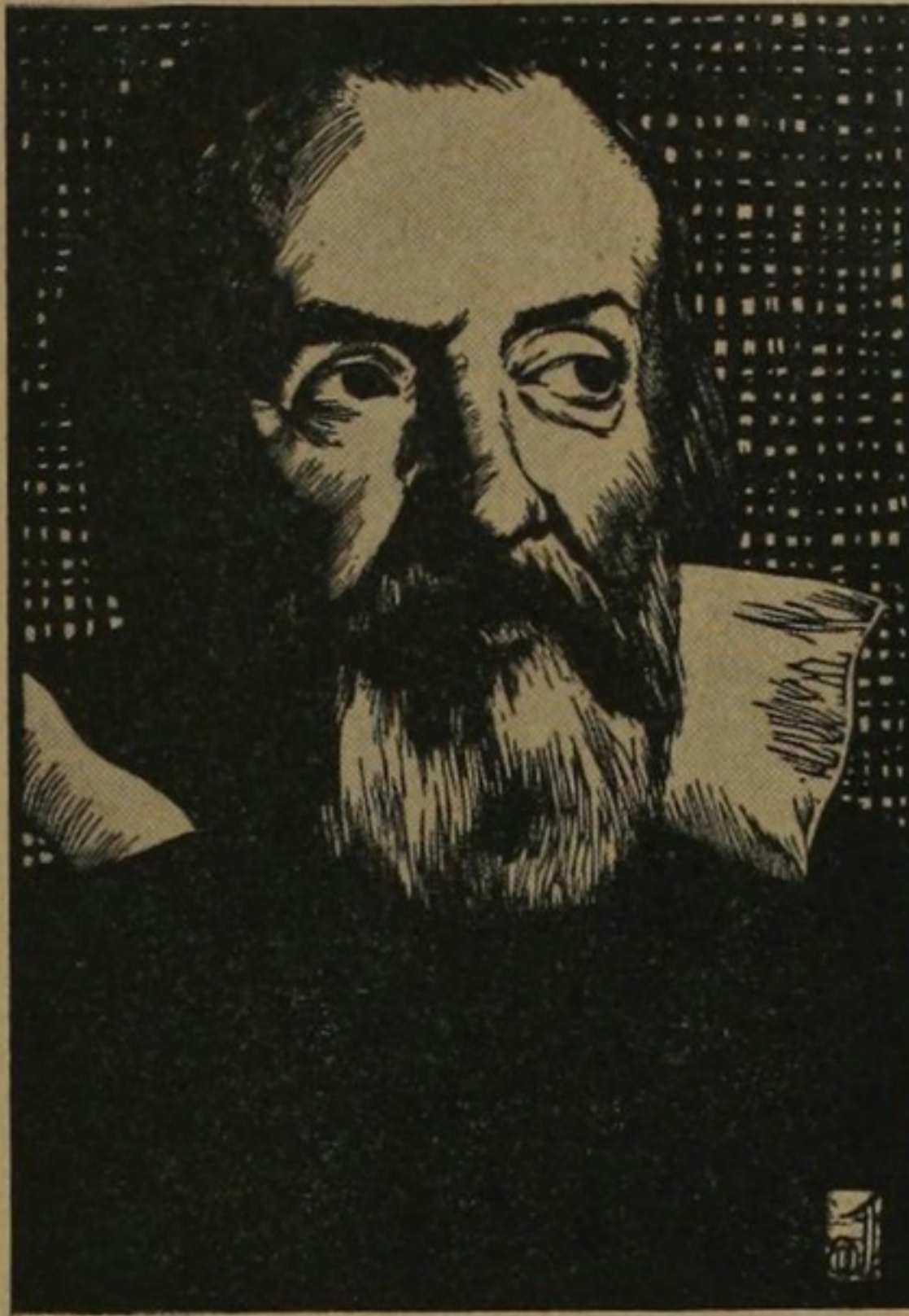
¿Galileo? ¡Un gran palomo! Precisamente el hombre para entender a Galileo es don León. No sé cuál de los insignes pedagogos fue quien hizo tamaña aseveración. ¡En fin! Los humos de una chichería pública enturbian cualquier telescopio. Además, nadie está exento de equivocaciones. Así, Galileo creía que las mareas las producía la rotación de la tierra. El propio Galileo, amigos míos, no estaba libre de creer burradas. Pero a los grandes hombres hay que tomarlos con todo y sus defectos. ¡Perdón, mi admirado profesor; con sus defectos y todo! Un gran fregao, Galileo. ¡Ese sí que era palomo! Como don León

## Persiflage

### Defensa de Galileo Galilei

— Colaboración directa —

Para el Lic. don Eduardo Salazar, gerente de las Cias. Eléctricas, para que vea, desde 2 Rector St., New York City, como van las cosas que él dejó.



Galileo

ni más ni menos. Por consiguiente, urge que nosotros los intelectuales acuerpemos la candidatura cortesista.

La cosa iba demasiado aprisa.

—¡Orden! ¡orden! A cada quien conviene darle su lugar. ¿Obró o no obró mal Su Santidad al negarse a revocar el decreto de la Inquisición en contra de su amigo Galileo? La cuestión gira sobre ese punto. Yo sostengo que hizo bien el Papa. No se trataba de cuestión científica. Galileo mismo estaba lleno de equivocaciones. Declarar un error de las Sagradas Escrituras para enaltecer un error de Galileo, era algo que me parece, señores colegas,—lo digo con sinceridad—, que hubiera sido un error papal. Porque no se trataba de substituir una verdad por un error, sino de escoger entre dos errores uno nuevo y otro antiguo, uno personal y otro institucional.

—*E pur si muove!*—exclamó, con lo que me pareció demasiada estupidez, el profesorillo miniatura.

—¡Cállese, so bestia!— me vi obligado a gritarle— Usted no sabe lo que dice. A mí no me importan las consecuencias, pero la verdad hay que defenderla a como haya lugar. Sepa y entienda que Galileo jamás dijo eso, y que jamás hubo ocasión para que lo dijera.

La refriega comenzó por ahí. El cortesista de los labios ondulados quién sabe qué se hizo. Al chiquitín me lo comí. Y libre ya de él, me vi rodeado de gente que me felicitaba.

—Yo no hago más,—les dije modestamente,—que defender los fueros de la sa-

rosanta verdad. ¡La educación de la juventud en manos de tipejos como ése!

—¡Es lo que dice Manuel!—exclamó uno de mis congratulantes.

—¿Manuel, entonces, opina como yo?— le pregunté, con cierta severidad.

—Sí maestro,—respondió, un poco untuoso, mi súbito amigo.

—Pues ustedes,—les dije sonriendo de amabilidad,—podrán comprender a Galileo, ¿Me permitirán que les diga lo que de ese gran fregao pienso yo?

—¿Galileo?—preguntó un caballero que lucía una calva de cuarto creciente.

—Galileo Galilei,—le respondí,—hijo de Vincenzo Galilei y de la esposa de este noble florentino republicano, Giulia Ammannati, de Pescia. Nació en Pisa el 18 de febrero del 1564, en días aciagos para la fortuna de su padre cuya condición era la de un noble arruinado.

Brindamos por la salud eterna de la noble familia de Galileo que diecinueve veces estuviera representada en la Señoría de Florencia, ciudad a la que diera un gonfalonero, en el 1445; y cuya fortuna ascendió y descendió con la de la República.

—En ese caso, maestro, los Galilei fueron del bando opuesto a Dante. ¿no?

—Eran otros tiempo, ¡otros tiempos! Galileo, que despreciaba la *Jerusalén liberada*, que admiraba el *Orlando furioso*, que nos ha dejado un manojito de sonetos y unas cuantas estrofas sueltas, era devoto de Dante. En la Academia Florentina, por el 1581, dicta docta conferencia acerca del sitio del *Inferno*. ¿Sabía usted que era un gran hombre de letras Galileo? Educado en el monasterio de Vallombrosa, cerca de Florencia, aprendió admirablemente el latín, y el griego, y concia con envidiable intimidad las obras clásicas. Así se comprende la nobleza de su estilo, la amplitud de su punto de vista intelectual, lo hiriente de su brillante retórica sarcástica. ¡Un gran fregao, Galileo!

—Yo ignoraba, maestro, que Galileo supiese tanto.

—Joven, joven, ¿qué se imaginaba usted de Galileo?

—Pues, maestro, lo que era: un gran astrónomo.

—¡Voto a Dios!—me vi forzado a exclamar—Galileo era apenas un mediano astrónomo. Para astronomía, Kepler. Galileo era un gran fregao. Escritor, sépalo usted. Y mecánico. Un gran mecánico. Pero sobre todo, escritor. Formidable. Levantaba ampollas. Sépalo usted.

—Eso es lo que yo digo, maestro,—dijo el joven insistente.—Los escritores deben irse con Manuel. ¡Brindemos por Manuel! ¡Un gran fregao, Manuel! ¡Dos fregaos, Manuel y Galileo!

Apuramos las copas. La tierra me daba unas vueltas que hubieran encantado a Galileo. Ni en Florencia ni en Pisa, ni en Venecia ni en Roma, fabricaban, apuesto yo, un colorao como el que fabrica el Gobierno en la Fábrica Nacional de Licores. ¡Infeli-